

delo nos ha dado Goethe en su obra titulada el *Conde de Egmont*: nos referimos á esas mujeres que no buscan más gloria que la de desempeñar bien su papel, doblegándose con admirable docilidad ante la voluntad de aquellos á quienes la naturaleza les ha dado por dueños, elevándose y rebajándose sucesivamente de la inmensa esfera de sus pensamientos, á la sencilla tarea de divertirlos como si fuesen niños; comprendiendo, ya la grandeza de esas almas, ya sus palabras más insignificantes ó sus más sencillas miradas; felices con el silencio, felices entre el bullicio, y adivinando, en fin, que los placeres, las ideas y la moralidad de un lord Byron no deben ser iguales á las de un sombrerero. Pero detengámonos; esta materia nos llevaría demasiado lejos de nuestro objeto: aquí se trata del matrimonio y no del amor.

## MEDITACIÓN XII

### HIGIENE DEL MATRIMONIO

Esta Meditación tiene por objeto llamar vuestra atención sobre un nuevo modo de defensa mediante el cual subyugaréis de un modo invencible la voluntad de vuestra mujer. Se trata de la reacción producida en la parte moral por las vicisitudes físicas y por las sabias degradaciones de una dieta hábilmente dirigida.

Esta grande y filosófica cuestión de medicina conyugal hará sonreír sin duda á toda esa serie de gotosos impotentes y á esa legión de viejos de que hemos hecho ya mención en el artículo de los predestinados; pero hay que tener en cuenta que sólo va dirigida á esos maridos que tienen la audacia suficiente para emplear en su conducta un maquiavelismo digno de aquel gran rey de Francia que quiso asegurar la felicidad de la nación á costa de algunas cabezas feudales. Esta cuestión es análoga. Consiste, como aquélla, en la amputación ó inhabilitación de algunos miembros para la mayor felicidad de la masa común.

¿Podéis creer seriamente que un soltero sometido al régimen de la hierba anea, de los pepinos, de las verduras y á la

aplicación de sanguijuelas en las orejas, recomendada por Sterne (1), estaría en disposición de atentar al honor de vuestra mujer? Suponed que un diplomático hubiera tenido el talento de aplicar al cráneo de Napoleón una cataplasma permanente de harina de linaza, ó de hacer que le administrasen todas las mañanas una lavativa de miel; ¿creéis que Napoleón, Napoleón el grande, hubiera conquistado la Italia? ¿Sufrió ó no durante la campaña de Rusia una disuria acompañada de terribles dolores?... He aquí una de esas cuestiones cuya resolución ha interesado al mundo entero. ¿No es cierto que los refrigerantes, las duchas, los baños, etc., producen grandes cambios en las afecciones más ó menos agudas del cerebro? En medio de los calores del mes de julio, cuando todos vuestros poros transpiran y restituyen lentamente á la abrasadora atmósfera las bebidas heladas que habéis apurado de un solo trago, ¿no sentís aquel foco de valor, aquel vigor intelectual que algunos meses antes os hacía la existencia dulce y soportable?

Reconozcamos en principio que si el medio atmosférico influye en el hombre, éste, á su vez, debe influir, con mayor razón, en la imaginación de sus semejantes, según el mayor ó menor vigor, y la mayor ó menor potencia de su *voluntad*, que produce una verdadera atmósfera en torno suyo.

Ahí está el principio del talento del actor, el de la poesía y el del fanatismo, pues la una es la elocuencia de las palabras, como el otro es la elocuencia de las acciones; ahí está, en fin, el principio de una ciencia que hoy se halla en pañales.

Esta *voluntad* tan poderosa de hombre á hombre, esta fuerza nerviosa y fluida, eminentemente móvil y transmisible, está también sometida á la mutabilidad de nuestra organización, y hay muchas circunstancias que hacen variar á este frágil organismo. Llegados aquí, no seguiremos adelante en nuestra observación metafísica, y pasaremos únicamente á hacer el análisis de las circunstancias que influyen en la voluntad del hombre, conduciéndola al más alto grado de fuerza ó de postración.

Sin embargo, no vayáis á creer que nos proponemos aconsejaros que pongáis cataplasmas al honor de vuestra

(1) Célebre escritor inglés, autor del *Viaje sentimental* (1713-1768.) - (N. del T.)

mujer, que la encerréis en un estuche ó que la selléis como á una carta; no. Tampoco trataremos de desarrollar el sistema magnético que ha de procuraros poder suficiente para que vuestra voluntad triunfe en el alma de vuestra mujer; no habría marido que aceptase la dicha de un amor eterno al precio de esa tensión perpetua de las fuerzas animales. Procuraremos, sí, desarrollar un sistema higiénico poderosísimo, mediante el cual lograréis extinguir el fuego cuando éste haya hecho presa en la chimenea.

En efecto, existe en las costumbres de algunas esposas de París y de provincias un suficiente número de recursos para conseguir nuestro objeto, sin necesidad de ir á buscar al arsenal de la terapéutica las cuatro semillas frías, el nenúfar (1) y otras mil invenciones dignas de hechiceros. Dejaremos también á Elien (2) su hierba anca, y á Sterne sus pepinos y sus verduras, que tienen virtudes antiflojísticas demasiado evidentes.

Dejad á vuestra mujer tenderse y permanecer días enteros sobre una de esas muelles butacas donde se sumerge la mitad de su cuerpo en un verdadero baño de algodón en rama ó de blandas plumas.

Por todos los medios que no puedan causaros remordimientos de conciencia, favoreced esa propensión de las mujeres á no respirar más que el aire perfumado de una habitación entreabierta y donde la luz apenas penetra á través de las voluptuosas y diáfanas muselinas.

Obtendréis efectos maravillosos con este sistema, después de haber sufrido, como es natural, alguna vez, los excesos de su exaltación; pero si tenéis la fuerza de voluntad suficiente para soportar esta tensión momentánea de vuestra mujer, no tardaréis en ver extinguido su vigor ficticio. En general, las mujeres desean vida de emociones continuas, pero, pasadas las tormentas de sus sentidos, son éstos presa de una calma muy tranquilizadora para la felicidad de un marido.

¿No probaría Juan Jacobo á vuestra mujer, por medio de su encantadora *Julia*, que es cosa muy distinguida en la

(1) Planta acuático de raíz larga y muy gruesa, con un jugo viscoso. Sus hojas son grandes y redondeadas y sus flores blancas. Los antiguos le atribuían virtud contra los deseos amorosos.—(N. del T.)

(2) Escritor griego del siglo III.—(N. del T.)

mujer y de infinita gracia el no estropear su delicado estómago y su divina boca fabricando quilo, con innobles trozos de buey y enormes piernas de carnero? ¿Existe nada más puro en el mundo que esas interesantes legumbres, siempre frescas é inodoras, esas nacaradas frutas, ese café, ese chocolate perfumado, esas naranjas, manzanas de oro de Atalante (1), esos dátiles de la Arabia, esos bizcochos de Bruselas, alimento sano y agradable que da resultados satisfactorios, al mismo tiempo que comunica á la mujer un no sé qué de originalidad misteriosa? Al igual que con su elegancia, con una acción hermosa ó con una buena frase, decidle que con este régimen puede llegar á ser una pequeña celebridad entre sus conocidos. Pitágoras (2) debe ser su pasión, como si éste fuese un perro de aguas ó un tití.

No cometáis nunca la imprudencia que cometen algunos hombres, los cuales, para darse fama de hombres de talento y contrarios á las preocupaciones, combaten la creencia femenina de que *se conserva el talle comiendo poco*. Las mujeres no engordan con la dieta; esto es claro y evidente, y vosotros no debéis salir nunca de esto.

Alabad el arte con que las mujeres célebres por su hermosura han sabido conservarla tomando varias veces al día, baños de leche ó de aguas compuestas de substancias propias para conservar la piel más suave, debilitando el sistema nervioso.

En nombre de su salud, tan preciosa para vosotros, recomendadle sobre todo que se abstenga de las lociones de agua fría; que el agua caliente ó templada sea siempre el ingrediente fundamental de toda clase de ablución.

(1) Atalante, hija de un rey de Sciros, fué célebre por su agilidad en la carrera. Declaró á la multitud de sus pretendientes que sólo concedería su mano á aquel que lograra sacarle ventaja corriendo. Hipomenes logró ganarle y obtuvo, por lo tanto, su mano, gracias á tres manzanas de oro que le había regalado una diosa. Cuando se veía á punto de ser alcanzado por Atalante, Hipomenes dejaba caer una de las manzanas, y, como la joven se paraba á recogerlas, aquél logró llegar á la meta antes que ella.

En literatura se hacen frecuentes alusiones á la agilidad de Atalante, á su lucha con Hipomenes y á las manzanas con que éste logró vencerla en la carrera.—(N. del T.)

(2) Este filósofo griego, que lo mismo que Platón, Empedocles y otros, era partidario de la metempsicosis ó transmigración de las almas, prohibió el uso de las carnes, y á esta prohibición hace alusión el autor.—(N. del T.)

Broussais (1) debe ser vuestro ídolo. A la menor indisposición de vuestra mujer, y bajo el más leve pretexto, debéis aplicarle sanguijuelas; no temáis ponerlos vosotros mismos algunas docenas de vez en cuando, para contribuir á que se practique en vuestra casa el sistema del célebre doctor. Vuestra calidad de marido os obliga á decir siempre á vuestra mujer que la encontráis demasiado colorada; procurad asimismo de vez en cuando atraerle la sangre á la cabeza, para tener derecho á aplicarle en determinadas ocasiones alguna docenita de sanguijuelas tras las orejas.

Vuestra mujer debe beber agua ligeramente coloreada con vino de Borgoña, cosa que es agradable al paladar, pero que no tiene virtud tónica; cualquier otro vino sería perjudicial en extremo.

No consintáis nunca que beba agua pura, porque estaríais perdido.

« ¡Impetuoso fluidol! ¡en el momento en que tu acción llega  
» al cerebro, ve como éste cede á tu poder! La Curiosidad  
» se echa á nado haciendo seña á sus compañeras de que le  
» sigan, y todas se sumergen en lo más profundo de la co-  
» rriente. La Imaginación toma asiento en la orilla y se  
» pone á soñar. Sigúe al torrente con los ojos, y las pajitas  
» y los juncos figúransele mástiles de mesana y de bauprés.  
» Apenas se ha verificado esta metamorfosis, cuando el  
» Deseo, con la bata levantada hasta la rodilla, aparece, ve  
» á todas y se apodera de ellas. ¡Oh vosotros, bebedores de  
» agua! ¡Debéis acaso vuestro poder de tornar y retornar el  
» mundo á vuestro antojo, al auxilio de este encantador ma-  
» nantial? ¿Es él la causa de que holléis con vuestros pies al  
» impotente, aplastando su rostro y cambiando á veces la  
» forma y el aspecto de la naturaleza? »

Si con este sistema de inacción, unido á nuestro sistema alimenticio, no obtenéis resultados satisfactorios, abrazad sin temor este otro sistema que vamos á desarrollar.

El hombre posee una suma determinada de energía. Tal hombre ó tal mujer es á otro ó á otra, como diez es á treinta, como uno es á cinco, y existe un grado que nunca traspasa nadie. La cantidad de energía ó de voluntad que cada uno de nosotros posee, se extiende como el sonido: es

(1) Célebre médico francés, defensor del método curativo por medio de sangrias, sanguijuelas y bebidas gomosas (1772-1838).—(N. del T.)

débil unas veces, fuerte otras, y se modifica según las ocultas que le está permitido recorrer. Esta fuerza es única, y resuélvase en deseos, en pasiones, en trabajos intelectuales ó en trabajos corporales, siempre acude allí donde la llama el hombre. Un *boxeador* la emplea en dar puñetazos, el panadero en amasar el pan, el poeta en su exaltación, que absorbe una enorme cantidad, el bailarín la traslada á los pies; en fin, cada uno la distribuye á su gusto, y que yo vea esta misma noche al Minotauro sentado tranquilamente en mi lecho, si no sabéis todos como yo la clase de trabajo en que se gasta más. Casi todos los hombres consumen en trabajos necesarios ó en las angustias de pasiones funestas esa hermosa suma de energía y de voluntad con que les ha dotado la naturaleza; pero vuestras mujeres decentes están todas sujetas á los caprichos y á las luchas de esa energía cuyo origen se desconoce. Si la energía de vuestra mujer no ha sucumbido ante el régimen de la dieta, sumida en una vida de actividad y de movimiento continuo. Buscad los medios de hacerle invertir esa suma de energía que tanto os molesta en una ocupación que se la consume por completo. Sin necesidad de atar á la mujer al manubrio de una máquina, hay mil medios de cansarla sometiéndola á un trabajo constante.

Dejando á vuestra penetración los distintos medios de practicar este principio, los cuales varían según las circunstancias, os indicaremos el baile como uno de los más hermosos abismos en que se sepultan los amores. Pero como que esta materia ha sido muy bien tratada por un autor contemporáneo, le dejaremos hablar.

« La pobre víctima que logra reunir en torno suyo un  
» círculo de admiradores encantados de verla bailar, paga  
» bien caros sus éxitos. ¿Qué fruto se ha de esperar de es-  
» fuerzos tan poco proporcionados á las energías con que  
» cuenta un sexo tan delicado? Los músculos, fatigados sin  
» discreción, consumen energías sin tasa. Los espíritus,  
» destinados á alimentar el fuego de las pasiones y el tra-  
» bajo del cerebro, son apartados de su camino. La ausencia  
» de los deseos, la aspiración al descanso, la elección exclu-  
» siva de alimentos substanciales, todo indica en el que se  
» dedica con exceso al baile una naturaleza empobrecida y  
» más bien ávida de reparaciones que de goces. Un hombre  
» que ha nacido en el teatro, me decía un día: «El que ha

» vivido entre bailarinas, no ha podido menos de alimentarse de carnero, pues el estado de debilidad de aquéllas exige esta clase de alimentos fuertes». Creedme, pues; el amor que inspira una bailarina es muy engañador: bajo una primavera ficticia recibe uno el desengaño de encontrar un sol frío y avaro, y unos sentidos incombustibles. Los médicos calabreses aconsejan el baile como remedio para las pasiones histéricas que son muy comunes entre las mujeres de aquel país, y los árabes emplean poco más ó menos la misma receta para curar á las yeguas de la infecundidad, originada por un temperamento demasiado lascivo. «Bestia como un bailarín» es un proverbio muy conocido en el teatro. En fin, los hombres más notables de Europa están convencidos de que todo baile ejerce acción eminentemente refrigerante.

» En prueba de lo dicho, es necesario añadir algunas observaciones. La vida de los pastores dió origen á los amores desordenados. Las costumbres de los tejedores fueron atrozmente vituperadas en Grecia. Los italianos tienen un proverbio que confirma la lubricidad de las cojas. Los españoles, cuyo temperamento recibió con tantas mezclas la incontinencia africana, muestran sus deseos en esta materia con una máxima muy popular entre ellos, que dice: *Mujer y gallina la pierna quebrada*. La profundidad de los orientales en el arte de la voluptuosidad se manifiesta perfectamente en aquella ordenanza del califa Hakiu, quien prohibió, bajo pena de muerte, el que se fabricase en sus Estados ninguna clase de calzado para la mujer. Parece que en todo el globo las tempestades del corazón esperan, para descansar, el reposo de las piernas.»

¡Qué admirable maniobra la de hacer bailar á una mujer y no alimentarla más que de substancias vegetales!

No creáis que estas observaciones, tan verdaderas como ingeniosas, contrarían nuestro sistema precedente; lo mismo con uno que con otro, llegaréis á producir en vuestra mujer esa debilidad tan deseada, prenda de reposo y de tranquilidad. Por medio del último sistema, dejáis una puerta abierta para que el enemigo huya; por medio del otro, lo matáis.

Ya me parece ver á las gentes timoratas y de pocos alcances levantarse contra nuestra higiene en nombre de la moral y de los sentimientos.

¿No está dotada de un alma la mujer? ¿No es, como nosotros, sujeto de sensaciones? ¿Con qué derecho, pues, despreciando sus dolores, sus ideas y sus necesidades, se la ha de trabajar como al vil metal con que el obrero hace un apagador ó un candelero? ¿Será acaso porque esas pobres criaturas son ya débiles y desgraciadas de sí, por lo que un bruto se ha de arrogar el derecho de atormentarlas, en exclusivo provecho de sus ideas, más ó menos justas? ¿Y si con vuestro sistema debilitante ó excitante, que prolonga, ablanda y destruye las fibras, llegaseis á causar espantosas y crueles enfermedades? ¿Y si lleváis á la tumba á una mujer que os es querida? ¿Y si, etc.?

He aquí nuestra respuesta.

¿Habéis contado alguna vez la infinidad de formas que Arlequín y Pierrot dan á su sombrero blanco? Lo vuelven y lo revuelven tan bien, que hacen con él sucesivamente una peonza, un barco, un jarro, una media luna, una montera, una canastilla, un pez, un látigo, un puñal, una muñeca, una cabeza de hombre, etc., etc.

Esta es una imagen exacta del despotismo con que debéis manejar y dar vueltas á vuestra mujer.

La mujer es una propiedad que se adquiere por contrato, y es un mueble, porque la posesión sirve de título; en fin, hablando propiamente, la mujer no es más que un anexo del hombre; por lo tanto, cortad, romped, recortad, pues os pertenece de todos modos. No os inquietéis por sus murmuraciones, por sus gritos, por sus dolores; la naturaleza la ha creado para nuestro uso y para sobrellevarlo todo: hijos, pesadumbres, golpes y disgustos del hombre.

No nos acuséis por eso de ser duros. En todos los códigos de las naciones que se dicen civilizadas, el hombre ha escrito las leyes que reglamentan el destino de las mujeres bajo este epígrafe sangriento: *Væ victis!* ¡Ay de los débiles!

En fin, pensad en esta última observación, la más preponderante acaso de todas las que hemos descrito hasta aquí: si no eres tú, marido, el que rompe con el peso de su voluntad esa débil y encantadora caña, lo hará el peso, más atroz aún, de un soltero caprichoso y déspota; ella soportará así dos azotes en lugar de uno. Calculado, pues, todo, la humanidad os empujará á seguir los principios de nuestra higiene.

*Importante.*

## MEDITACIÓN XIII

## DE LOS MEDIOS PERSONALES

Acaso las Meditaciones precedentes hayan expuesto sistemas generales de conducta, más bien que presentar los medios de rechazar la fuerza por la fuerza. Dichos sistemas son farmacopeas y no tópicos. He aquí ahora los medios personales con que la naturaleza os ha dotado para defenderos, pues la Providencia no olvidó á nadie: si dió á la sepia (pez del Adriático) ese color negro que le sirve para producir una nube en cuyo interior se oculta de su enemigo, ya podréis imaginaros que no ha dejado al marido sin espada: llegó ya, pues, el momento de que saquéis la vuestra.

Al casaros, habéis debido imponer á vuestra mujer la condición de que amamantaría á sus hijos: desde luego provocad los cuidados y las dificultades de un embarazo y de una cría, y de ese modo retardaréis el peligro lo menos por un año ó dos. Una mujer ocupada en parir y criar un hijo no tiene realmente tiempo para pensar en un amante; sin contar con que durante algún tiempo, antes y después del embarazo, no está en estado de presentarse en sociedad. En efecto, ¿cómo había de atreverse, aun la más inmodesta de las mujeres distinguidas, de quienes se trata en esta obra, á presentarse embarazada y á pasear en sociedad aquel fruto oculto que viene á ser su acusador público? ¡Oh lord Byron, y tú que no querías ver á las mujeres comiendo!

Seis meses después del parto, y cuando el niño está ya medio criado, la madre empieza apenas á gozar de su frescura y de su libertad.

Si vuestra mujer no ha criado á vuestro primer hijo, supongo que tendréis bastante talento para saber sacar partido de esta circunstancia y hacer que ella desee criar al que lleve en sus entrañas. Leedle el *Emilio*, de Juan Jacobo, enardeced su imaginación alabándole los santos deberes de las madres, herid su amor propio, etc.; en fin, ó sois un tonto ó un hombre de talento; en el primer caso, aunque

leáis esta obra, no por eso dejaréis de ser Minotauro; en el segundo, me entenderéis, aunque sólo me explique á medias.

Este primer medio os es virtualmente personal, y os dará ancho campo para poner en práctica los demás.

Desde que Alcibiades cortó las orejas y la cola á su perro, para hacer un favor á Pericles, que tenía entre manos una especie de guerra de España y de suministros Ouvrard, ó sea la resolución de asuntos ruidosos é interminables que llamaban mucho la atención de los atenienses, no existe ministro que no haya procurado cortar las orejas á algún perro.

En una palabra, en medicina mismo, cuando una inflamación se declara en un órgano importante, se procura llamar los humores á otro punto del cuerpo menos importante, por medio de moxas (1), escarificaciones (2), acupunturas (3), etc.

Otro medio consiste en aplicar á vuestra mujer una moxa ó en introducirle en el ánimo alguna aguja que le pinche mucho y la llame la atención hacia vosotros.

Un hombre de mucho talento había hecho durar su luna de miel unos cuatro años; la luna menguaba y él empezaba ya á ver el arco fatal. Su mujer se hallaba precisamente en el estado en que hemos representado á toda mujer decente al final de nuestra primera parte: había *tomado afición* á un mal sujeto, pequeño y feo, pero que, después de todo, no era su marido.

En esta situación, este último imaginó un corte de cola de perro (4) con el que logró renovar por algunos años más

(1) Cauterío consistente en un cono de algodón ó de estopa encendido. —(N. del T.)

(2) Incisiones hechas en una parte del cuerpo con escarificador ó bisturí. —(N. del T.)

(3) Operación médicoquirúrgica que consiste en la introducción metódica de agujas en diversas partes del cuerpo. —(N. del T.)

(4) El autor se refiere en esto al hecho de Alcibiades, gran hombre de Estado, que ejerció un poder absoluto durante cuatro años en Atenas, el cual mandó cortar la cola y las orejas á un perrazo que llamaba mucho la atención del pueblo, con objeto de que éste no se ocupase de los asuntos del Estado. Por eso, cuando uno de sus amigos fué á decirle lo mucho que el perro llamaba la atención, exclamó Alcibiades: "Me alegro, pues así, mientras hablen del perro, no hablarán de otra cosa." —(N. del T.)

el frágil arriendo de la felicidad. Su mujer había obrado con tanta astucia, que se hubiese visto apurado el marido para cerrar la puerta de su casa al amante, con quien aquélla había encontrado una relación de parentesco muy lejano. El peligro se hacía cada vez más inminente. En torno del hogar se sentía ya olor á Minotauró. Una noche, el marido fingió hallarse sumido en un pesar profundo, visible, espantoso. Su mujer había llegado ya á hacerle más caricias de las que le había hecho en plena luna de miel, y, desde aquel momento, éstas se convirtieron en preguntas y más preguntas. El marido, por su parte, continuaba triste y silencioso. Las preguntas se redoblaban y el esposo dejó escapar algunas frases llenas de reticencias, frases que anunciaban la existencia de una gran desgracia. Con esto, había aplicado ya una moxa japonesa que quemaba como un auto de fe de 1600. La mujer empleó al principio mil estrategias para saber si el disgusto de su marido era causado por aquel amante en embrión: primera intriga en la que empleó mil astucias. La imaginación volaba... ¿Se ocupaba del amante? no, éste ya había quedado, en parte, olvidado, y ella necesitaba ante todo descubrir el secreto de su marido. Una noche, éste, fingiéndose llevado de su deseo de confiar sus penas á su tierna compañera, la declara que está arruinado. Es preciso renunciar al coche, al palco de los Bufos, á los bailes, á las fiestas y á París; acaso se pueda rehacer la fortuna retirándose al campo por uno ó dos años. Excitando la imaginación de su mujer y hablándole al corazón, la compadeció por haber unido su suerte á la de un hombre enamorado de ella, es verdad, pero sin fortuna; se tiró de los pelos y preciso le fué á su mujer ir en su ayuda á consolarle; entonces, aprovechándose de este delirio de interés conyugal, se la lleva al campo. Una vez allí, nuevas escarificaciones, sinapismos sobre sinapismos y nuevas colas de perro cortadas: hizo construir una nave gótica en la casa de campo; la señora reformó tres veces el parque para tener agua, lagos, etc.; finalmente, el marido, en medio de esta labor, no olvidaba la suya: lecturas amenas, delicados cuidados, etc. Tened presente que no creyó nunca conveniente dar conocimiento á su mujer de esta estratagema, sino que la hizo creer que, si había recobrado la fortuna, era precisamente gracias á las modificaciones hechas en las fincas y á las enormes sumas gastadas en la distribución de aguas;

le probó que el lago tenía una caída de agua, con la que se podía hacer trabajar muchos molinos, etc.

He ahí una moxa conyugal bien aplicada, pues el marido no se olvidó entretanto de hacer hijos, ni de invitar á su casa á los vecinos enojosos, estúpidos ó viejos. Si alguna vez iba en invierno á París, sumía á su mujer en tal torbellino de bailes y de espectáculos, que no le quedaba ni un minuto para pensar en amantes, frutos necesarios de una vida ociosa.

Los viajes por Italia, por Suiza, por Grecia; las enfermedades repentinas que exigen tomar aguas, y aguas muy lejanas, son bastante buenas moxas. En una palabra, que un marido de talento debe saber encontrarlas á millares.

Continuemos el examen de nuestros medios personales.

Debemos advertiros aquí que razonamos partiendo de una hipótesis, sin la cual podéis dejar el libro, á saber: que vuestra luna de miel ha durado una temporada regular y que la señorita á quien habéis hecho vuestra mujer era virgen; en caso contrario, y con arreglo á las costumbres francesas, vuestra mujer no se habrá casado más que para ser inconsecuente.

Desde el momento en que empieza en vuestro hogar la lucha entre la virtud y la inconsecuencia, toda la cuestión estriba en un paralelo perpetuo é involuntario que vuestra mujer establece entre vosotros y su amante.

En esto existe aún un gran medio de defensa completamente personal, empleado rara vez por los maridos, pero que los hombres eminentes no titubean en poner en práctica. Consiste en aventajar al amante en todo, sin que vuestra mujer pueda sospechar la intención con que lo hacéis. Debéis obligarla á decirse con despecho, mientras se pone los papelitos para rizarse el pelo: «Indudablemente, vale más mi marido».

Teniendo sobre el amante la inmensa ventaja de conocer el carácter de vuestra mujer y sabiendo cuál es su flaco, para lograr vuestro objeto, debéis hacer cometer torpezas al amante, empleando para ello la delicadeza de un diplomático y procurando hacerle antipático.

Desde luego, según es costumbre, el amante procurará hacerse amigo vuestro, ó por lo menos tendréis amigos comunes; y entonces, sea por medio de estos amigos, sea por medio de insinuaciones diestramente péfidas, procurad en-

ganarle, y, si tenéis un poco de habilidad, veréis á vuestra mujer despidiendo á su amante, sin que ni ella ni él puedan nunca adivinar la causa. De ese modo habréis creado en el interior de vuestro hogar una comedia en cinco actos, en la que habréis desempeñado, en provecho propio, los brillantes papeles de Figaro ó de Almaviva, y, durante algunos meses, os habréis divertido tanto más, cuanto que vuestro amor propio, vuestra vanidad y vuestro interés habrán tomado parte muy activa en la broma.

Yo tuve la felicidad de ser simpático, en mi juventud, á un anciano emigrado, que me dió esos últimos rudimentos de educación que los jóvenes reciben ordinariamente de las mujeres. Ese amigo, cuyo recuerdo me será siempre grato, me enseñó con su ejemplo á poner en práctica esas estratagemas diplomáticas que requieren tanta astucia como gracia.

El conde de Nocé había vuelto de Coblenza en el momento en que los nobles corrían peligro en Francia. Jamás he conocido persona de más valor y bondad y de más astucia y abandono. Contaba unos sesenta años y acababa de casarse con una señorita de veinticinco, siendo la caridad lo que le empujó á hacer esta locura, ya que acababa de arrancar á aquella pobre joven al despotismo de una madre caprichosa.

—¿Quiere usted ser mi viuda?—había dicho un día el amable anciano á la señorita de Pontivy.

Pero su alma era demasiado amante para no tomar á su mujer más cariño del que debe tomar todo hombre experto.

Como que durante su juventud había sido manejado por algunas de las mujeres más espirituales de la corte de Luis XV, conocía las mujeres, y esperaba saber apartar de la suya todos los peligros que pudiesen oponerse á su dicha. Nunca he visto á ningún hombre poner en práctica mejor que aquél todas las enseñanzas que trato de dar á los maridos. ¡Qué de encantos comunicaba á la vida con sus modales dulces y con su ocurrenente conversación! Sólo después de su muerte supo su mujer por mí que padecía de gota. Sus labios destilaban amenidad, como sus ojos respiraban amor. Se había retirado prudentemente al centro de un valle, cerca de un bosque, y Dios sabe los paseos que allí daba con su mujer. Su feliz estrella quiso que la señorita de Pontivy tuviese un corazón excelente y que poseyese en alto grado esa exquisita delicadeza y ese pudor de sen-

*¡Nunca pensó que la viuda  
de su amante!*

sitiva, que embellecerían, á mi modo de ver, á la mujer más fea del mundo. De pronto, uno de sus sobrinos, guapo militar escapado de los desastres de Moscú, fué á casa de su tío, tanto para saber hasta qué punto tenía que temer á los primos, como con la esperanza de hacer la guerra á la tía. Su cabello negro, su bigote, el charlatanismo propio del Estado mayor, una cierta desenvoltura tan elegante como graciosa, y sus ojos vivos, formaban todo un contraste particular y completo entre el tío y el sobrino. Yo llegué precisamente en el momento en que la joven condesa enseñaba á jugar al chaquete á su pariente. El proverbio dice que las mujeres sólo aprenden este juego con los amantes y recíprocamente. Durante una de aquellas partidas, el señor de Nocé había sorprendido aquella misma mañana entre su mujer y el vizconde una de esas miradas confusamente mezcladas de inocencia, de miedo y de deseo. Por la noche nos propuso una partida de caza, que fué aceptada. Jamás le había visto tan ágil y tan contento como le vi al día siguiente por la mañana, á pesar de los achaques de la gota, que le reservaban un próximo ataque. Ni el diablo en persona habría planteado una conversación verde y picante con más gracia de lo que lo hacía él. Era antiguo mesquetero gris, y había conocido á Sofía Arnoult: con eso está dicho todo. La conversación se hizo bien pronto amenísima entre los tres; ¡Dios me perdone!

—Nunca hubiese creído que mi tío fuese tan buen espada—me dijo el sobrino.

Hicimos alto un momento, y cuando los tres estuvimos sentados sobre la hierba de uno de los más verdes claros del bosque, el conde reanudó la conversación acerca de las mujeres, discurriendo tan bien como Brantome y Aloysia.

—¡Qué felices sois vosotros bajo este gobierno!... ¡Conque las mujeres tienen costumbres! (para apreciar la exclamación del anciano sería preciso haber escuchado los horrores que el capitán había contado). He ahí uno de los beneficios de la Revolución—repuso el conde.—Ese sistema da á las pasiones más encanto y más misterio. En otro tiempo, las mujeres eran fáciles, y, á pesar de eso, no podéis imaginaros la gracia y verbosidad que se necesitaba para despertar aquellos temperamentos gastados. Estábamos siempre alerta. Verdad es también que, con una indecencia bien dicha ó con una insolencia feliz, se hacía célebre un hombre.